

niéndose en pie en la meseta del peñasco el *Hombre* y haciendo señas de auxilio, sería vista indudablemente. El buque enviaria una lancha para recoger al naufrago. El peñasco el *Hombre* se hallaba á doscientas brazas de la *Duranda*. Era fácil llegar allí y escalarlo, pero no habia un minuto que perder.

Estando la roca á la proa de la *Duranda*, Clubin debia arrojar al agua desde la popa, esto es, desde el punto en que se encontraba.

Empezó por echar una sonda y reconoció que debajo de la popa habia mucho fondo. Las conchas microscópicas de framiníferos y de policistíneas que se pescaron en el sebo de la sonda estaban intactas, lo que indicaba que habia allí espacios muy huecos en los que el agua, cualquiera que fuese la agitacion de la superficie, estaba siempre tranquila.

Clubin se desnudó, dejando la ropa sobre cubierta. Ya le vestirían en el falucho. Solo conservó el cinto de cuero.

En cuanto se desnudó se llevó la mano al cinto, lo sujetó bien, palpó á ver si estaba la caja de hierro, estudió con mirada rápida la direccion que tenia que tomar por entre las rompientes y las olas para llegar al peñasco el *Hombre*, y despues, echándose de cabeza en el mar, se sumergió en el agua.

Penetró muy á fondo por debajo de ella, faldeó un momento las rocas submarinas, y despues dió un sacudimiento para subir á la superficie.

Entonces sintió que le cogian de un pié.

LIBRO SÉPTIMO.

Imprudencia de dirigir preguntas á un libro.

I.

La perla en el fondo del precipicio.

Pocos instantes despues del breve diálogo que con el señor Landoys entabló Gilliatt, éste, inquieto, estaba ya en Saint-Sampson.

Se oia en la isla ruido de colmena espantada. Habia mucha gente en los portales de las casas. Las mujeres gritaban; algunas de éstas referian al parecer noticias y gesticulaban, formándose gru-

pos á su alrededor. Era general esta exclamacion: Qué desgracia!

Gilliatt no preguntó á nadie; no le gustaba preguntar. Estaba además muy conmovido para dirigir la palabra á los indiferentes. Desconfiaba de las narraciones; preferia saberlo todo de una vez; por eso se dirigió en derechura á las Bravées.

Era tal su inquietud, que ni siquiera tuvo miedo de entrar en dicha casa; además, la puerta de la planta baja que daba al muelle estaba abierta de par en par. En los umbrales pululaba un hormiguero de hombres y de mujeres. Todo el mundo entraba y él entró tambien.

Encontró en el dintel de la puerta al señor Landoys, que le dijo á media voz:

—Sabeis ya el acontecimiento?

—No.

—No quise deciroslo en el camino para que no me tomárais por ave de mal agüero.

—Pero qué es lo que hay?

—Que se ha perdido la *Duranda*.

En la sala habia muchísima gente; formaban grupos y hablaban en voz baja, como en el cuarto de un enfermo.

Los asistentes eran vecinos, transeuntes, curiosos, todos aquellos á quienes ocurría entrar; estaban apiñados junto á la puerta, con cierto recelo, y dejaban vacío el fondo de la sala, donde Deruchette estaba sentada y llorando, y á su lado, en pié, Mess Lethierry. Este daba las espaldas al tabique del fondo; su gorro de marinero le caia sobre las cejas. Un mechón de cabellos grises le acariciaba una mejilla. No hablaba. Sus brazos carecian de movimiento; parecia que ningun soplo de vida saliera de su boca. Estaba como un objeto cualquiera apoyado contra la pared. Al verle se comprendia que en aquel hombre acababa de derrumbarse la vida interior. No existiendo la *Duranda*, Lethierry no tenia ya razon de ser. Su alma estaba en el mar y esta alma acababa de zozobrar. Qué tenia que hacer ya en el mundo? Levantarse todas las mañanas y acostarse todas las noches. No esperar ya nunca á la *Duranda*, no verla ya partir, no verla ya llegar. Pasar la vida sin objeto. Habia coronado ya sus trabajos con una obra maestra y sus sacrificios con un progreso; y el progreso se habia perdido y la obra maestra estaba muerta. Le era inútil vivir; se habia hecho el

vacío en su vida. A su edad ya no se acometen empresas; además, estaba arruinado.

Deruchette, llorando á su lado, sentada en una silla, tenia entre sus manos uno de los puños de Lethierry; sus manos estaban juntas y el puño de él crispado: en esto se diferenciaban las dos angustias. Las manos juntas indican que aun se espera algo, el puño crispado que no se espera ya nada.

Lethierry le abandonaba el brazo pasivamente, porque ya solo retenia la cantidad de vida que puede quedar al hombre que el rayo ha herido.

Hay empujes en el fondo del abismo que separan al hombre de todos los seres vivientes; las personas que pasan ante él se le aparecen confusas é indistintas. El desesperado presencia la vida de los demás desde muy lejos; está inconsciente de su presencia; llega á perder hasta el sentimiento de su propia vida; no es ya para sí mismo un sér real, es solo un sueño.

Mess Lethierry se encontraba en una de esas situaciones.

Los corrillos cuchicheaban y se transmitian las siguientes noticias, que corrian de boca en boca:

La *Duranda* se habia perdido el dia anterior en las rocas Douvres, por efecto de la niebla, poco antes de ponerse el sol. Exceptuando el capitan, que no quiso abandonar el buque, la tripulacion y los pasajeros todos se habian salvado en el bote. Una borrasca que sobrevino por el Sudoeste, despues de la niebla, les hizo al poco tiempo naufragar por segunda vez y los arrojó mar adentro, más allá de Guernesey. Por la noche tuvieron la fortuna de encontrar al *Cashmere*, que los recogió y los dejó en Saint-Pierre Port. Toda la culpa la tuvo el timonel Tangrouille, que estaba ya en la cárcel. Clubin se portó magnánimamente.

Los pilotos que oian estas noticias pronunciaban la palabra *Douvres* de un modo particular.

—Mala posada! exclamaba uno de ellos.

Se veian encima de una mesa una brújula y un envoltorio de registros y de libros, que sin duda eran la brújula de la *Duranda* y los papeles de á bordo que Clubin entregó á Imbrancam y á Tangrouille en el momento de partir el bote. Todos aplaudian la abnegacion del capitan, que salvó aquellos objetos antes de morir.

TOMO II.

Estaban unánimes en admirar á Clubin y en creer que se habria salvado. El falucho *Shealfiel* llegó algunas horas despues que el *Cashmere* y trajo las últimas noticias. Acababa de pasar veinticuatro horas en las mismas aguas que la *Duranda*. Se habia mantenido á la espera durante la niebla y bordeado durante la tempestad. El patron del *Shealfiel* se encontraba entre los asistentes.

En el instante de entrar Gilliatt, dicho patron acababa de hacer el relato á Mess Lethierry, un relato que era un verdadero informe.

Le refirió lo siguiente: Al amanecer, cuando terminó la borrasca y el viento fué manejable, oyó bramidos en alta mar. Este ruido, propio de las praderas, en medio de las olas le sorprendió y le hizo dirigirse hácia el punto donde le oia. A poco divisó á la *Duranda* entre las rocas Douvres. La bonanza del mar le permitió acercarse. Tocó la bocina, á la que solo contestaron los mugidos de los bueyes que en la sentina se ahogaban. Estaba seguro de que no habia ningun hombre á bordo de la *Duranda*, en cuya cubierta se podia permanecer y en la que Clubin pudo pasar la noche, por desastrosa que fuese la borrasca. No estando allí, era indudable que se habia salvado. Varios pailebots y otros barcos de Grainville y de Saint-Malo, al desvanecerse la niebla, debieron la víspera por la noche costear bastante cerca el escollo Douvres, y alguno de ellos debia haber recogido al capitan. Recordaba dicho patron que el bote de la *Duranda* estaba completamente lleno al separarse del buque encallado; que el peso de un hombre más podia haberle hecho zozobrar, y esta circunstancia debió precisamente resolver á Clubin á quedarse en la cubierta de la *Duranda*; pero que despues de cumplir este deber, al presentarse un buque salvador debió aprovecharse de él, que no por haber sido héroe tenia que ser despues necio. Atribuirle que se habia suicidado era absurdo, porque Clubin era intachable; allí no hubo más culpado que Tangrouille.

Todo esto era concluyente; el patron del *Shealfiel* tenia razon y esperaba ver reaparecer á Clubin de un momento á otro. Del informe del patron resultaba, pues, Clubin salvado y la *Duranda* perdida. Esta catástrofe era irremediable. El citado patron presenció el último acto del naufragio. La roca aguda que se habia clavado en el buque resistió toda la noche el choque de la tempestad; pero

por la mañana, al alejarse el *Shealviel* de la *Duranda*, sobrevino una de esas olas encrespadas que son como el último arrebato de cólera de la borrasca. Aquella ola levantó furiosamente en alto á la *Duranda*, la arrancó de la rompiente, y con la velocidad y rectitud de la flecha la arrojó entre los dos peñascos Douvres. Se oyó un crujido diabólico, decía el patron. El oleaje subió á cierta altura de la *Duranda*, que se quedó varada entre los dos peñascos y clavada allí otra vez, pero con más firmeza que en la rompiente submarina. Allí la dejó deplorablemente suspendida y entregada á la furia de los vientos y de las olas.

La *Duranda*, según decía la tripulación del *Shealviel*, había ya fracasado en sus tres cuartas partes, y se hubiera ido á fondo durante la noche si el escollo no la hubiera sujetado y sostenido. Quizá á aquellas horas habría desaparecido ya por completo en el fondo del mar. Era digno de notarse que la máquina apenas había sufrido menoscabo, lo que probaba su excelencia; esto es en lo que principalmente se fijó el patron del *Shealviel*, que con el anteojo de larga vista había estudiado la obra muerta del barco. Esta era su opinion, de la que también participaba el maquinista Imbrancam, que hormigueaba allí entre los grupos. El valiente é inteligente negro era admirador de la máquina; levantaba los brazos, abriendo los diez dedos de sus atezadas manos, y decía á Lethierry, que permanecía mudo:—Mi amo, la máquina aun vive.

Creyendo segura la salvacion de Clubin y perdido el casco de la *Duranda*, las conversaciones de los corrillos se concretaban á la máquina, que inspiraba tanto interés como si fuese una persona. Elogiaban su buena conducta. Exaltó las opiniones en pró y en contra; tenía amigos y enemigos. Había patron de buque de vela que, esperando hacer suya la clientela de la *Duranda*, no sentía que el escollo Douvres hubiese enterrado la nueva invencion. El cuchicheo se convirtió en altercado, y se discutía casi con estrépito. Sin embargo, había cierta discrecion en el ruido, y á intervalos las voces se apagaban bajo la presión del silencio sepulcral de Lethierry.

De la cuestión empeñada resultaba lo siguiente:

La máquina era lo esencial. Construir otro buque era posible, pero construir otra máquina como esa, no; era máquina única. Para fabricar una parecida no

solo faltaba el dinero, sino también el fabricante. El constructor había muerto y la máquina costó cuarenta mil francos. Nadie se atrevería á arriesgar en lo sucesivo tan gran capital para sufrir eventualidades semejantes, sabiéndose ya por experiencia que los vapores se perdían como los demás buques. El accidente de la *Duranda* esterilizaba sus pasados triunfos. Triste era reflexionar que la máquina ingeniosa se encontraba aun íntegra y que sería dentro de poco una ruina, como el buque. Mientras aquella existiese, no podía decirse que había habido verdadero naufragio. Salvar la máquina sería reparar el desastre. Eso era fácil de decir. ¿Pero quién se encargaría de salvarla? ¿Era acaso posible?

Concebir un proyecto y ejecutarlo son dos cosas distintas, y este era un proyecto impracticable é insensato; porque sería un absurdo enviar á trabajar en aquellos escollos á un buque y á una tripulación; no era cuerdo ni aun soñarlo.

Era la estación de los temporales. Al sobrevenir la primera borrasca, partirían las cadenas de las áncoras las crestas submarinas de las rompientes, y el buque se haría pedazos contra las rocas. Eso sería enviar un segundo naufragio á socorrer el primero. En la especie de agujero de la meseta superior, donde se albergó el naufrago de la leyenda que murió de hambre, solo había sitio para un hombre. Era, pues, preciso para salvar la máquina que fuese un solo hombre á los peñascos Douvres, que permaneciese allí, solo en aquel desierto, solo, á cinco leguas de la costa, sin socorro alguno en los incidentes del peligro, sin más vestigio humano que el del antiguo naufrago que espiró allí de hambre, sin más compañero que aquel muerto. Además, para salvar la máquina era necesario que el que á esto se arriesgase fuera no solo marinero, sino también herrero. ¡Cuántas dificultades! El hombre que acometiese semejante empresa, más que héroe, sería loco. En ciertas empresas desproporcionadas, en las que lo sobrehumano es preciso, sobre la intrepidez está la demencia. Efectivamente, ¿no sería una extravagancia sacrificarse por hierro viejo? Nadie se atrevería, pues, á ir á los peñascos Douvres, y era preciso renunciar á salvar la máquina con el resto del buque. ¿Dónde encontrar semejante salvador?

El patron del *Shealviel*, que era anti-

guo y viejo piloto, renunció á ir delante de todos en voz alta:

—Es inútil que hablemos más de esto; no hay hombre que se atreva á salvar la máquina.

—Cuando yo no voy, añadió Imbrancam, es evidente que no se puede ir.

El patron del *Shealviel*, sacudiendo la mano izquierda con la viveza que expresa la convicción de lo imposible, añadió:

—Si existiese ese hombre...

Deruchette volvió la cabeza y dijo:

—Me casaría con él.

Hubo un momento de silencio.

Un hombre pálido salió de uno de los grupos y preguntó:

—Os casaríais con él, miss Deruchette?

Era Gilliatt.

Todas las miradas se dirigieron á Lethierry, que se irguió de repente. Brillaba en sus ojos claridad extraña.

Tomó su gorro de marinero y lo arrojó al suelo; miró despues solemnemente, sin fijarse en ninguna de las personas que tenía delante, y exclamó:

—Deruchette se casará con él; empeño mi palabra de honor.

II.

Asombro en la costa del Oeste.

La noche siguiente, aunque presentaban buena apariencia el viento y el mar, ningún pescador se atrevía á salir de la Hougue la Perre, ni de Port Grat, ni de la bahía Vason, ni de Perrelle Bay, ni de Pezeris, ni de Tielles, ni de la bahía de los Saint, ni de Petit-Bey, ni de ningún puerto ni ensenada de Guernesey. No se atrevían, porque el gallo había cantado á las doce del día. Cuando el gallo canta á hora extraordinaria se hace mala pesca.

Sin embargo, á la caída de la tarde de aquel día, un pescador que regresaba á Omtolle experimentó una sorpresa. A la altura del Houmet-Paradis, más allá de las dos Brayes y de las dos Grunes, teniendo á la izquierda la baliza de las Plates-Fouyeres, que representa un embudo vuelto del revés, y teniendo á la derecha la baliza de Saint-Sampson, que representa una figura de hombre, creyó divisar una tercera baliza desconocida. ¿Qué significaba aquello? ¿Cuándo la habían colocado en aquel punto? La baliza respondía en seguida á todas estas preguntas; se meneaba, era un mástil. No por eso se disminuyó el asombro del pes-

cador, porque si una baliza llama la atención, más debía llamarla un mástil.

Allí no había pesca posible.

Había un barco que salía cuando los otros entraban.

Por qué y á qué?

Diez minutos despues el mástil, caminando lentamente, llegó á corta distancia del pescador de Omtolle, que no reconoció el barco.

Oyó remar; era, pues, probable que le conducía un hombre solo. Reinaba el viento del Norte; aquel hombre bogaba sin duda alguna para ir á tomar el viento más allá de la punta Fontenelle. Allí quizás se haría á la vela. Contaba, pues, con doblar la Ancrese y el monte Crevel. ¿Qué significaba aquello? El mástil pasó.

Aquella misma noche, en la costa del Oeste de Guernesey, varios observadores, separados y aislados unos de otros, hicieron observaciones á distintas horas y en diferentes puntos.

Cuando el pescador de Omtolle acababa de amarrar su barca, un carretero que iba cargado de fucos, guiando los caballos por la carretera desierta de las Clotures, en las inmediaciones de los postes seis y siete, vió en el mar, en un punto poco frecuentado, entre la Roca Nort y la Sabloneuse, una vela que se izaba.

Media hora despues que el carretero distinguió aquella vela, un albañil que volvía de su trabajo de la ciudad, por las inmediaciones de la ciénaga Pale, se encontró de pronto casi delante de una barca que avanzaba atrevidamente entre las rocas del Querum, de la Rousse, de Mer y de la Gripe de Rousse. La noche estaba oscura, el mar claro, y se podían distinguir de lejos las idas y las venidas. Solo se veía en el mar aquella barca.

Un poco más abajo, y algo más tarde, un revendedor de langosia, cuando disponía su mercancía en el mégano que separa el Port-Soif del Port-Enfer, no pudo comprender lo que hacía una barca que se deslizaba entre la Boue Corneille y la Moulrette. Era necesario ser buen piloto y tener mucha prisa dellegar para arriesgarse en punto semejante.

Las ocho estaban dando en Catel, cuando el tabernero de Cobo Bay divisó con extrañeza una vela más allá de la Boue del Jardin, muy cerca de la Suzanne y de las Grunes del Oeste.

No lejos de Cobo Bay, en la punta solitaria del Houmet, dos amantes estaban

despidiéndose y separándose. Al decir la jóven al galán:—"Me voy, porque tengo que hacer", les distrajo de su beso de despedida un barco bastante grande que pasó muy cerca de ellos, dirigiéndose hacia las Messellettes.

Norgiots, que vivía en Cotillon Pipet, que estaba ocupado en la plantación de árboles, no pudo abstenerse de seguir con la vista la dirección de un buque que á aquellas horas de la noche doblaba temerariamente el Crocq-Point.

A las nueve y media, en el Equerrier, un pescador que estaba transportando sus redes, se paró para observar entre Colombelle y las Soufleuse un bulto en el mar que debía ser un buque.

En el instante de levantarse la luna, estando la marea alta y el mar tranquilo, en el pequeño estrecho de Li-Hon, el guarda solitario de la isla del mismo nombre se hizo cruces de ver pasar entre la luna y él voluminosa figura negra; aquella figura negra, alta y estrecha, parecía un sudario andando, y se deslizaba lentamente por encima de la especie de murallas que forman los bancos de rocas; el guarda creyó que era la Dama Negra.

La Dama Blanca habita el Tau de Pez d' Amont, la Dama Gris habita el Tau de Pez d' Aval, la Dama Roja habita la Silleuse, al Norte del Banc-Markuis, y la Dama Negra habita el Grand-Étaqué, al Oeste del Houmet. Por la noche, á la claridad de la luna, las cuatro Damas salen y algunas veces se encuentran.

Pero aquella forma negra podía ser una vela; las largas barreras de rocas, sobre las que parecía marchar, podían esconder el casco de un barco que bogase detrás de ellas, dejando la vela solo al descubierto.

Cuando la luna acababa de pasar más allá del campanario de San Pedro del Bosque, el sargento de Chateau Rocaine, al levantar el puente levadizo, divisó en la embocadura de la bahía, más allá de la Haute Cauce y más acá de la Laubule, un buque de vela que parecía bajar del Norte al Sur.

En la costa Sur de Guernesey, detrás de Pleymont, en el fondo de una bahía que cercan precipicios y que está cortada á pico dentro del agua, existe un puerto singular, que un francés que residía en las islas desde 1855, quizá el que escribe estas líneas, bautizó con el nombre de *Puerto de cuatro pisos*, que es el que se le dá en la actualidad. Dicho puer-

to, que entonces se llamaba la Moye, lo constituye una meseta de piedra, medio natural y medio tallada, que se eleva unos cuarenta piés sobre el nivel del agua, y se comunica con las olas por medio de dos gruesas albitanas paralelas en plano inclinado. Los barcos, izados á fuerza de brazos con cadenas y garruchas, suben del mar y vuelven á bajar á lo largo de dos tablonés que hacen el oficio de dos rails. Para los hombres hay una escalera. Frecuentaban aquel puerto entonces los contrabandistas. Algunos de ellos, quizá los mismos con quienes habia contado Clubin, estaban entre fardos, á las once de la noche, en la plataforma de la Moye. Mientras acechaban, les sorprendió una vela que desembocó de repente más allá de la silueta del Cabo Pleymont. Brillaba con claridad la luna. Los contrabandistas espionaron aquella vela, temiendo que fuera de algún guardacostas que fuese á emboscarse y á observar detrás del Hanois mayor. Pero la vela pasó más allá de los Hanois, dejó en pos de sí al Noroeste la Bone Blondel y se perdió entre las brumas del horizonte.

—Dónde diablo puede ir aquel barco? se preguntaron los contrabandistas.

Aquella misma tarde, después de puesto el sol, se oyó llamar á un hombre á la puerta de la casa del Bú de la Calle. Era un jóven vestido de pardo con medias amarillas, que indicaba ser un empleado de la parroquia.

Una pescadora de almejas, que pasaba por allí con un farol en la mano, llamó al jóven, y entre los dos se cruzaron las siguientes palabras:

—Qué se os ofrece, mancebo?

—Busco al hombre que vive en esta casa.

—No está.

—Dónde está?

—No lo sé.

—Volverá mañana?

—Tampoco lo sé.

—Está ausente?

—Lo ignoro.

—Pues si le veis, decidle que el nuevo rector de la parroquia, el reverendo Ebenezer Caudray, desea hacerle una visita.

—Pues no sé dónde está.

—Pues el reverendo me envía á preguntarlo.

—Pues no lo sé.

No tentéis á la Biblia.

En las veinticuatro horas siguientes á la noticia de la catástrofe, Lethierry no durmió, ni comió, ni bebió; besó en la frente á Deruchette, se informó de Clubin, del que nada se supo; firmó una declaración renunciando á formular queja alguna, é hizo que pusieran en libertad á Tangrouille.

Después que el público satisfizo su curiosidad, quedó desierta la casa de las Bravées. La puerta de la calle estaba cerrada y todos abandonaron á Lethierry y á Deruchette.

El relámpago de esperanza que brilló un instante en los ojos del dueño de la *Duranda* se habia ya extinguido, y apareció en ellos la mirada lúgubre que tenian cuando recibió la fatal nueva.

Deruchette, inquieta, por consejo de Gracia y de Dulce volvió á ocuparse del par de medias que estaba haciendo cuando supieron su desgracia.

Lethierry, sonriendo amargamente, dijo:

—Sin duda me tienen por imbécil.

Después de un cuarto de hora de silencio, dirigiéndose á su ahijada, añadió:

—Esas manías tuyas se deben tener cuando uno es dichoso.

Deruchette hizo desaparecer el par de medias, la brújula y los papeles de á bordo, que Lethierry miraba con demasiada fijeza.

Por la tarde, poco antes de tomar el té, se abrió la puerta y aparecieron dos hombres vestidos de negro, uno viejo y otro jóven. Los dos tenian aspecto grave, pero de gravedad diferente: el viejo la gravedad que pudiéramos llamar del estado, y el jóven la de la naturaleza; la una la dá el traje, la otra el pensamiento.

Iban los dos vestidos de eclesiásticos.

Lo que en el jóven llamaba la atención á primera vista era que la gravedad profunda de su mirada resultaba evidentemente de su espíritu, no de su persona. La gravedad admite la pasión y la exalta, depurándola; pero aquel jóven era, sobre todo, hermoso. Para ser sacerdote debía haber ya cumplido veinticinco años, y aparentaba tener diez y ocho. Ofrecía la armonía, que es al mismo tiempo un contraste, de que su alma parecía creada para la pasión y su cuerpo para el amor. Era rubio, rosado, fresco, ligero y suelto, á pesar de su severo tra-

je; de mejillas de doncella y de manos delicadas; su modo de andar era vivo y natural, pero reprimido. Se desprendía de su persona cierta elegancia, cierto encanto y cierta voluptuosidad. La belleza de su mirada corregía su exceso de gracia. La sonrisa sincera, que hacia aparecer sus dientes de niño, era pensativa y religiosa. Tenía la gentileza de un paje y la dignidad de un obispo. Sus espesos cabellos rubios, casi dorados, coronaban un cráneo elevado, cándido y bien formado. Al verle creíamos encontrarnos en presencia de uno de esos seres benévolos, inocentes y puros, que progresan en sentido inverso de la humanidad vulgar, que la ilusión dá discreción y la experiencia entusiasmo. Su juventud transparente dejaba ver la madurez interior. Comparándole con el eclesiástico de cabellos grises que le acompañaba, á primera vista parecía hijo, y examinándole más despacio, parecía padre.

El viejo era el doctor Jaquemin Hérode, que pertenecía á la alta Iglesia, la que es casi, casi, un papismo sin papa. El anglicanismo estaba ya trabajado en aquella época por las tendencias que se han afirmado y condensado después en el pureísmo. El doctor Jaquemin Hérode pertenecía á aquel matiz anglicano. Era alto, correcto, severo, superior. Su rayo visual interior salía apenas á la parte de fuera. Tomaba por espíritu la letra; fuera de esto era altanero y tenia los modales de un personaje. Menos parecía un reverendo que un monseñor. Su redingote estaba cortado casi como una sotana. Su verdadero centro hubiera sido estar en Roma; era prelado de cámara nato. Parecía ser creado expresamente para servir de adorno á un papa y para marchar detrás de la silla de manos, con toda la corte pontificia *in abito paonazzo*. Le impidió cumplir su destino el accidente de haber nacido inglés y de haberle dado educación teológica más inclinada hacia el Antiguo que hacia el Nuevo Testamento. Se limitaba á brillar siendo rector de Saint-Pierre Port, dean de la isla de Guernesey y coadjutor del obispo de Winchester. Esta gloria no impedía que Jaquemin Hérode, bien examinado, fuese un hombre bueno.

Como teólogo estaba bien conceptuado entre los conocedores, y su opinión formaba casi autoridad en la curia de los Arches, que es la Sorbona de Inglaterra.

Tenia fisonomía de hombre docto, el exagerado movimiento de ojos del hombre capaz, las ventanas de la nariz velludas, los dientes visibles, el labio superior delgado y el inferior grueso; poseía varios diplomas y una buena prebenda; tenía amigos aristócratas, la confianza del obispo y una Biblia siempre en el bolsillo.

Mess Lethierry estaba tan completamente absorto en sus meditaciones, que la entrada de los dos sacerdotes solo le produjo indescriptible fruncimiento de cejas.

Jaquemin Hérode adelantóse, hizo un saludo y recordó con palabras sóbrias su promoción reciente, diciendo que venía, según era costumbre, á presentar á los notables, entre los que contaba á Mess Lethierry, á su sucesor en la parroquia, el nuevo rector de Saint-Sampson, el reverendo Joe Ebenezer Caudray.

Deruchette se levantó entonces y saludó.

El joven rector se inclinó también.

Lethierry examinó á Ebenezer Caudray y murmuró para sí:—¡Mal marino!

Gracia les acercó dos sillas, y los reverendos se sentaron junto á la mesa.

El doctor Hérode dijo que había llegado á sus oídos la noticia de un infausto suceso: el naufragio de la *Duranda*. Venía como pastor á aconsejar y á consolar á su dueño, y con ese motivo le dirigió un discurso que venía á decir lo siguiente:

El naufragio era una desgracia, pero también una dicha. Sondeémonos y veremos que nos hincha la prosperidad. Las aguas de la felicidad son peligrosas. Es menester acostumbrarse á no considerar como un mal los contratiempos, porque las miras del Señor nos son desconocidas. Si se ha arruinado Mess Lethierry, ese es un peligro á que está expuesto el que es rico; pero en cambio la pobreza aleja á los malos amigos y el hombre se queda solo. La *Duranda* se decía que dejaba cada año de ganancia mil libras esterlinas. Esa cantidad es excesiva para el hombre juicioso. Debemos huir de las tentaciones, desdeñar el oro y aceptar con reconocimiento la ruina y el abandono. El aislamiento produce excelentes frutos: en él se obtienen las gracias del Señor. En la soledad, Oia encontró las aguas calientes, conduciendo los asnos de su padre Sebeon. No nos rebelamos contra los impenetrables decretos de la Providencia. El paciente

Job, cuando estuvo en la miseria es cuando fué más rico. ¿Quién sabe si la pérdida de la *Duranda* obtendrá compensaciones hasta temporales? El mismo empleó capitales en una buena operación, próxima á realizarse en Sheffield; si Lethierry, con los fondos que le restasen, quisiera tomar parte en esa operación, podría conseguir rehacer su fortuna. Esta operación se reducía á suministrar un número de armas al czar para reprimir la insurrección de Polonia. En el negocio se podía ganar el trescientos por ciento.

La palabra czar sacó á Lethierry de sus meditaciones. Interrumpiendo al doctor Hérode, le dijo:

—No quiero tener que ver con el czar.

El reverendo Hérode respondió:

—Mess Lethierry, Dios ama á los príncipes y dice: "Dad al César lo que es del César. El czar es César."

Lethierry, que estaba otra vez distraído con su idea fija, murmuró:

—¿Quién es el César? Yo no le conozco.

El reverendo Jaquemin Hérode continuó en su en pos de él y no insistió ya en el negocio; porque no queriendo Lethierry á César, debía ser republicano. En tal caso le dejó que hiciera sus negocios con una república, creyendo que podía restablecer su fortuna en los Estados-Unidos mejor aun que en Inglaterra. Le dijo que si quería hacer otro gran negocio, podía tomar acciones en la gran compañía de explotación de plantaciones de Tejas, que empleaba más de veinte mil negros.

—No quiero nada con la esclavitud, contestó Lethierry.

—La esclavitud, replicó el reverendo Hérode, es de institución sagrada. Está escrito: "Si el amo maltrata á su esclavo, no se le podrá castigar ni reconvenir, porque el esclavo es su dinero."

Gracia y Dulce, de pie en el umbral de la puerta, recogían casi con éxtasis las palabras del reverendo doctor.

Como hemos dicho, bien considerado era un buen hombre, y cualesquiera que fuesen las diferencias de casta de persona con Lethierry, le ofrecía sinceramente todo el auxilio espiritual y hasta temporal de que podía disponer.

Si Lethierry estaba arruinado y no podía dedicarse á ninguna especulación, podía proporcionarse funciones asalariadas, destinos nobles, y el reverendo estaba dispuesto á proporcionárselos. Precisamente en Jersey se hallaba vacante un cargo de importancia, y el reverendo Hérode se empeñaba en ob-

tenerle para el dueño del buque perdido. Este cargo era el de diputado-vizconde, que asiste, como representante de su majestad, á la celebración de los juicios, á la vista de las causas y á las ejecuciones de las sentencias.

Lethierry, mirando fijamente al doctor Hérode, le contestó:

—No soy partidario de la pena de muerte.

El doctor Hérode, que hasta entonces había pronunciado todas las palabras con la misma entonación, adquirió aspecto más severo y dijo con otra inflexión de voz:

—Mess Lethierry, la pena de muerte es de institución divina. Dios puso la espada en manos del hombre. Está escrito: "Ojo por ojo, diente por diente."

El reverendo Ebenezer acercó imperceptiblemente su silla á la del reverendo Jaquemin, y le dijo de modo que él solo pudiese oírle:

—A ese hombre le dicta lo que dice...

—¿Quién? preguntó Jaquemin Hérode con el mismo tono de voz.

Ebenezer le respondió lo mismo:

—Su conciencia.

El reverendo Hérode sacó del bolsillo un tomo grueso, encuadrado y con broches, lo dejó encima de la mesa y dijo en voz alta:

—La conciencia está aquí.

El libro era una Biblia.

El doctor Hérode se suavizó. Deseaba ser útil á Lethierry, á quien consideraba mucho. Como pastor, tenía derecho y deber de aconsejar, pero comprendiendo que el aconsejado era libre.

Lethierry volvió á hundirse en su ensimismamiento y ya no le escuchaba ni le oía. Deruchette, sentada á su lado y también pensativa, no levantaba los ojos del suelo y añadía á aquella conversación tan poco animada la cantidad de incomodidad que acarrea una presencia silenciosa. El testigo que nada dice es una especie de peso indefinible, que parece no comprender el doctor Hérode.

Viendo que Lethierry nada le contestaba, el anciano sacerdote se apresuró á terminar su discurso del modo siguiente:

—El consejo viene del hombre y la inspiración de Dios, pero en el consejo del eclesiástico hay algo de inspiración. Es prudente aceptar los consejos y peligroso rechazarlos. Tiburiano se vió cubierto de lepra por haber arrojado de su casa al apóstol Andrés. Barjems, á pesar de ser mago, se quedó ciego por haberse reído de las palabras de San Pablo.

Oolibama, que también se llama Judith, se sometía á los consejos. Ruben y Phe-niel escuchaban las órdenes que venían de lo alto.

Mess Lethierry dió un puñetazo en la mesa.

—Pardiez! gritó; yo tengo la culpa.

—¿Qué quereis decir? preguntó Jaquemin Hérode.

—Digo que yo tengo la culpa.

—De qué?

—De hacer regresar á la *Duranda* el viernes.

Jaquemin Hérode murmuró al oído de Ebenezer Caudray:

—Este hombre es supersticioso.

Después, levantando la voz, dijo magistralmente:

—Mess Lethierry, es pueril creer en la mala influencia del viernes. No debe darse crédito á las fábulas. El viernes es un día como otro cualquiera. Hay viernes de feliz recordación. Melendez fundó la ciudad de San Agustín un viernes; un viernes dió Enrique VII su comisión á John Cabot; los peregrinos de *Mayflower* llegaron un viernes á la provincia Town. Washington nació el viernes 22 de Febrero de 1732, y Cristóbal Colon descubrió la América el viernes 12 de Octubre de 1492.

Dicho esto se levantó. Ebenezer se levantó también.

Gracia y Dulce, al ver que los reverendos iban á marcharse, abrieron la puerta de par en par.

Mess Lethierry ni veía ni oía.

Jaquemin Hérode dijo en voz baja al oído de Ebenezer Caudray:

—Ni siquiera nos saluda. Eso ya no es tristeza, es embrutecimiento. Sospecho que está loco.

A pesar de esta sospecha, cogió la Biblia que estaba encima de la mesa y la agarró con las dos manos, como si fuera un pájaro y temiera que se le escapase. Esta actitud llamó la atención de todos los presentes. Gracia y Dulce alargaron el cuello.

El anciano sacerdote dijo:

—Mess Lethierry, no nos separemos sin leer una página del Santo Libro. Las situaciones de la vida se aclaran por medio de los libros; los profanos se acogen á los agüeros virgilianos y los creyentes á las advertencias bíblicas. Por cualquiera de sus páginas que se abra la Biblia encontraremos una revelación. Es el libro que consuela á los afligidos. Se desprende de la Santa Escritura el consuelo de nuestras penas, y se debe